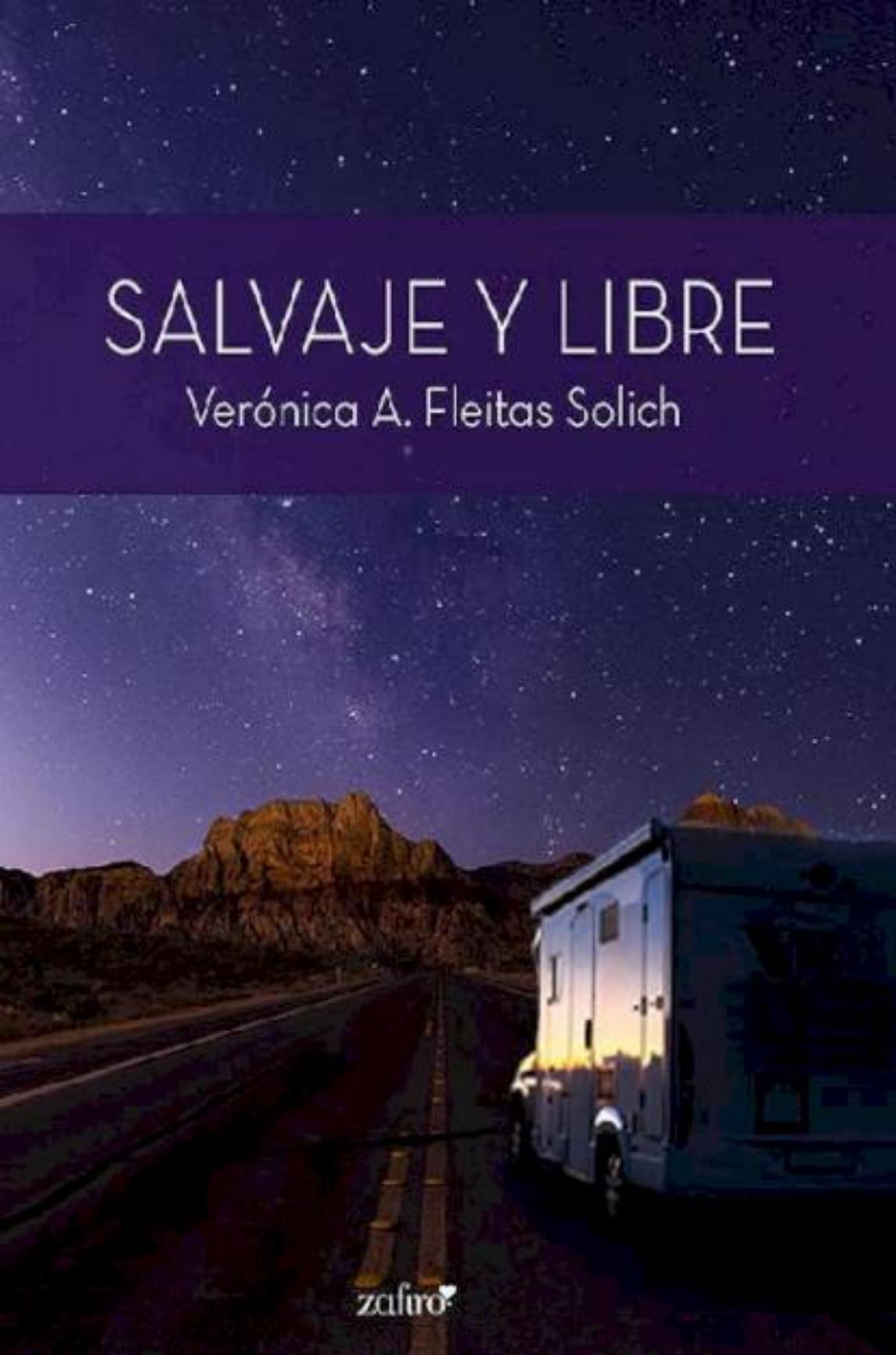


SALVAJE Y LIBRE

Verónica A. Fleitas Solich



zafiro

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1. Apuestas

2. Sangre

3. Demasiado tarde, demasiado temprano

4. El desierto

5. Recuerdos brillantes

6. Dormir con un ojo abierto

7. Ojos tranquilos

8. Conozco tus secretos

9. Mi camino

10. Lejos de casa

11. La otra cara de la luna

12. Milagro

13. La ciudad de sangre y polvo

14. Dime lo que ves

15. Emboscada

16. En el horizonte

17. Sobrevivir

18. Interrumpiendo el silencio

19. Misericordia

20. Un poco de paz

21. El superviviente solitario

22. Titanes y criminales

23. Todos los cielos

24. Salvaje y libre

Epílogo
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Cada ser humano debe librar distintas batallas.

Yolanda combatió la suya en la estéril habitación de un hospital. Parker Miller, en la guerra de Afganistán.

Algunas no dejan cicatrices, pero otras te marcan de por vida y sin piedad, impidiendo que el pasado quede atrás.

Dos personas completamente distintas coincidirán en Las Vegas e iniciarán mucho más que un viaje hasta una cabaña en el bosque. Juntos le demostrarán a la vida que todavía tienen mucho por lo que luchar y que están dispuestos a hacerlo.

Un amor nacido de una poderosa energía, una pasión tan fuerte que los ayudará a enfrentar las peores pesadillas, los fantasmas del pasado y una realidad que aterraría a cualquier otro mortal.

Un amor salvaje y libre, porque no se puede contener ni ocultar lo que se es durante demasiado tiempo.

SALVAJE Y LIBRE

Verónica A. Fleitas Solich

zafiro 

*Para Yolanda,
este viaje es tuyo*

Las mejores cosas de la
vida son salvajes y libres.

1

Apuestas

Dejé las cartas sobre la mesa una vez más, sin lograr contener dentro de mí la sonrisa que vibraba en mi pecho desde hacía unos minutos.

El cuerpo me temblaba de entusiasmo.

Sostuve la vista en alto, centrada en mi principal oponente, un tipo rubio vestido al mejor estilo vaquero americano. Rondaba los cincuenta, tenía la piel curtida por el sol y barba y bigote manchados por el tabaco, que también había oscurecido los dedos de su mano izquierda.

No miró las cartas que acababa de colocar sobre la mesa; sus ojos azules se mantuvieron clavados en los míos, tan fijos como si me apuntase con las armas que, no me quedaban dudas, debía tener. Por suerte, el casino no permitía entrar armado, no al menos dentro de las salas de juego. Imaginé que, de otro modo, en ese momento una bala salida de su cañón estaría abriéndose paso dentro de mi cráneo y mi cerebro.

Su pecho tembló ligeramente.

¿Estaría a punto de darle un ataque cardíaco?

Motivos le sobaban; llevaba un buen rato perdiendo, por mi culpa básicamente, si bien había dejado que los demás ganasen otras manos para no despertar sospechas.

En esa partida, la suma que perdía era mucho mayor que en las ocasiones anteriores; supuse que ese último jue-

go suyo tenía como propósito recuperar todo lo que llevaba perdido a lo largo de la noche.

Las puntas metálicas de su camisa debían de estar captando mi reflejo en este instante y, las que colgaban de los cordones del lazo en su cuello, las cartas sobre la mesa y todas las fichas que ya me pertenecían.

El tipo despegó los labios, pero nada emergió de aquella hendidura oscura con aliento a tabaco y alcohol.

El hombre, además de perder su dinero, parecía haber perdido el resuello también.

A mi izquierda, pegada a mi espalda, Daisy jadeó.

La mesa estalló en vítores.

Reí.

Acababa de ganar una suma de seis cifras que ni siquiera podía recordar exactamente, porque no cabía en mí de la emoción.

Uno de los jugadores al otro extremo de la mesa soltó un rosario increíblemente nutrido de insultos con un acento muy neoyorquino.

Otro más para quien ésa no era su noche de suerte.

Su inicial aspecto, acicalado y elegante, de camisa gris y traje negro, de pronto estaba desmejorado, arrugado y probablemente sudado, sobre todo en las axilas y en la espalda. Había llegado a la mesa con el cabello cuidadosamente peinado; a esas alturas, su melena, de color castaño claro, era un revoltijo digno del desierto que nos rodeaba cuando se levantan tormentas de polvo y viento.

Evoqué a mi madre regañándome cuando se me escapaban ese tipo de insultos, con su español tan distinto al de los latinos de Miami.

«¡Yolanda Ann Coleman! Te lavaré la lengua con lejía si continúo oyéndote hablar de ese modo. ¿Acaso en esta ca-

sa se te ha enseñado a hablar así? ¡Eso no lo has aprendido aquí! ¿De dónde has sacado ese vocabulario?! Que no vuelva a oírte soltar semejantes palabras.»

Pensé en mi madre y sonreí.

Por fin, con Daisy gritando como una loca desquiciada detrás de mí, bajé la vista a la mesa. Allí estaban mis cartas. ¡Había ganado! Todas esas fichas eran mías.

Imaginé a mi madre sonriendo, a mi padre respirando aliviado.

Inspiré hondo, aspirando el cargado aire a mi alrededor. Olía a perfume, a tabaco, a alcohol, a la felpa y la madera de la mesa, a las alfombras de todo el salón, que eran diariamente recorridas por una infinidad de pies que iban y venían del casino a las habitaciones, de las extrañas calles de Las Vegas al desierto.

El texano se pasó un dedo por el interior de su camisa blanca con bordados, con un gesto de angustia y preocupación.

Me permití lamentarlo por él solamente durante un segundo, y al cabo de éste centré otra vez mi atención en los gritos de alegría de Daisy a mi lado. Ella exclamaba mi nombre una y otra vez. Estaba como ida y no paraba de saltar.

Giré la cabeza y la vi, por encima del hombro, llorar de felicidad.

Cuando se percató de que la miraba, me abrazó por detrás sin parar de dar botes, por lo que me sacudió como si yo fuese una coctelera.

Sí, definitivamente necesitábamos unas copas.

El crupier me dio como la ganadora de aquella partida, la cual tenía clarísimo que sería la última, pues no necesitaba más; no podía darme el lujo de arriesgarme ni a seguir

ganando ni a perder; no deseaba levantar sospechas y ya tenía más que suficiente.

El hombre me dijo algo sobre las fichas. Necesitaba reducir el volumen de éstas, si bien no pensaba seguir jugando. Mi idea era ir directamente a cambiarlas y, de allí, a recoger el cheque para ingresar el dinero en mi cuenta corriente, sin escalas.

Sabía que las chicas, aparte de Daisy, se volverían locas si se enteraban, que insistirían en que continuase jugando.

La mujer situada a mi derecha, embutida en un vestido rojo y maquillada como si la vida le fuese en ello, me miró fatal. Ella llevaba allí el mismo tiempo que yo, y la noche anterior también habíamos compartido mesa durante un rato; en esa ocasión no había ganado tanto, se había tratado sólo de un entrenamiento para tantear el terreno. En cambio, acababa de hacer muchísimo más que eso: me había adueñado del terreno y del dinero de todos ellos..., y por ese motivo, por más que lo lamentase, tenía muy claro que debía abandonar el juego.

Mientras el crupier se encargaba de mis fichas, el texano le dio un golpe a la mesa y se apartó de ésta destilando rabia. Su mala suerte no acabó en el hecho de perder su dinero en fichas, que pasaron a mis manos, sino también en que se lo llevaran por delante, un sujeto y su bebida: un vaso de cerveza que empapó su camisa, sus pantalones y sus botas de cuero.

Vi al texano alzando los brazos, exasperado, y al hombre con el que acababa de chocar mirarme a mí en vez de prestarle atención a quien había bañado con cerveza.

Un par de ojos, entre azules y grises, quizá del color del cielo cuando está a punto de desatarse una poderosa tormenta eléctrica, estaban centrados en mi dirección, soste-

niendo no sólo el peso de la imagen que captaban, sino también el de unas pobladas cejas, de un rubio oscuro, de las cuales tiraba su entrecejo, en una expresión críptica que no tenía demasiada razón de ser.

Al cabo de un parpadeo, mientras el tiempo me pareció que avanzaba más lento de lo normal, registré la rigidez de su marcada mandíbula, sobre la cual asomaba apenas un tenue brillo dorado de barba.

Tenía la piel bronceada, muy curtida.

La sombra de la barba, en su mentón, presentaba una interrupción en el lado izquierdo: una cicatriz de un blanco rosado en la cual no crecía vello. Sobre su ceja de ese mismo lado, otra huella de lo que debió de ser una herida considerablemente profunda, puesto que la línea blanca tiro-neaba de la carne y de la superficie de la piel hacia dentro, como si quisiese engullirlo todo.

Su frente se replegó, arrugándose.

No debía de tener más de treinta años; sin embargo, con aquella expresión, pese a su cabello rubio oscuro un tanto despeinado y la camiseta que se le pegaba al musculoso torso y a los anchos hombros, daba la impresión de ser alguien mucho mayor.

Mi vista descendió por su hombro izquierdo, más allá de la camiseta de manga corta de color azul oscuro que vestía.

La piel de su brazo estaba plagada de cicatrices, como si alguien le hubiese disparado un montón de trozos de cristal que se hubieran clavado en su piel.

Me estremecí de dolor, aunque no me atreví a imaginar lo que podría haberle sucedido para acabar con su brazo así.

Fuera lo que fuese, no me quedaron dudas de que aquello tuvo que doler, y mucho.